

Joseph LENZENWEGER - Peter STOCKMEIER - Karl AMON - Rudolf ZINNOBLER (ed.), *Historia de la Iglesia Católica*, Ed. Herder, Barcelona 1989, 730 pp., 15,5 x 24.

Este nuevo manual de historia de la Iglesia, traducido recientemente al castellano por la editorial Herder (el traductor es Abelardo Martínez de Lopera), es fruto del trabajo en equipo de un grupo de profesores de la especialidad en Facultades de Austria y Alemania Federal. Está escrito con una doble finalidad: que responda a las necesidades de los estudiantes que preparan un examen y han de encontrar respuestas rápidas y fidedignas a sus preguntas, y que sirva de libro de lectura para todas aquellas personas que están interesadas en la Historia de la Iglesia o simplemente en temas históricos. En este sentido el libro logra alcanzar claridad en la estructuración de la materia, lenguaje comprensible, concentración en los puntos esenciales, facilidad de manejo y de control de la información, sobre todo por los abundantes índices. Como no podía ser menos, los autores (además de los cuatro editores arriba mencionados, han intervenido otros profesores de lengua alemana: Josef Gelmi, Grigorios Larentzakis, Maximilian Liebmann, Friedrich Schragl y Gerhard Winkler) tienen especial sensibilidad para tratar los temas relacionados con la historia del mundo germánico; por ejemplo, en lo referente a los precedentes del Vaticano II, se insiste en el movimiento litúrgico y en el bíblico, que surgieron desde finales del siglo XIX en ámbito alemán (pp. 653-655).

La obra ha sido escrita con espíritu ecuménico, es decir, con respeto hacia las confesiones cristianas no católicas y hacia el mundo en general y, paralelamente, con una visión crítica de la propia historia de la Iglesia católica. Este tono predominante respetuoso, si bien no apologético, se manifiesta, por ejemplo, en afirmaciones como la siguiente: «en Loisy —y parcialmente también quizás en Tyrell— se pueden detectar tendencias heréticas» (pág. 534, en el capítulo sobre el modernismo). Los autores reconocen, además, que la Historia de la Iglesia no es simplemente una disciplina histórica, sino también teológica, hasta el punto de que ocupa una «puesto de honor en el concierto de las disciplinas teológicas» (pág. 22).

La primera parte, dedicada a la Edad Antigua, se estructura según el orden cronológico de las cuatro etapas clásicas con que se suele dividir este periodo: nacimiento y primera propagación de la Iglesia; la Iglesia en el Estado pagano antes del 313; la Iglesia en el Imperio tras el 313; y la autonomía de la Iglesia en el desmoronamiento del mundo antiguo. La segunda parte estudia la Edad Media no sólo según el orden cronológico (temprana edad media, alta edad media y edad media tardía), sino también

temático: constitución y gobierno, monacato, relación entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente, las cruzadas, vida litúrgica y pastoral. La tercera parte aborda la Edad Moderna y Contemporánea; se detalla sobre todo la historia de la reforma protestante, la reforma católica, la contrarreforma (siglos XVI y XVII), las misiones, el culto y la piedad, y la acción de los Papas más recientes desde Pío IX a Juan Pablo II, haciendo hincapié en el Concilio Vaticano II.

Desde el punto de vista eclesiológico, los autores reconocen en la Introducción general que es la fe la que «representa, más allá de los elementos sociológicos, institucionales y culturales, el principio rector de la Iglesia en la historia» (pág. 21). Esta defensa de un elemento sobrenatural, la fe, como impulsor de la historia eclesiástica, es, en cambio, compensada o atenuada por la siguiente afirmación, también de la Introducción: «La historia de la Iglesia no podrá limitarse a presentar cada uno de los acontecimientos históricos como acción de Dios o como juicio divino. Esto rebasaría la posibilidad del historiador de la Iglesia. No es posible meter a la fuerza la historia de la Iglesia en un esquema histórico-salvífico. En ese terreno sólo caben suposiciones, como indicó ya Tomás de Aquino (*Supra IV libri Sententiarum* 43, 3, 2 ad 3)» (pág. 22). Ciertamente no sería científico someter a la fuerza los hechos históricos a los prejuicios del historiador; pero también es forzado, en nuestra opinión, no querer apreciar la dimensión histórico-salvífica de la Iglesia, ya que ésta es precisamente una de sus características esenciales y su mayor servicio al mundo y a los hombres. Pocas líneas después, la Introducción general hace una síntesis de estas dos afirmaciones: «Es claro que la historia de la Iglesia tiene que compaginar, en juego dialéctico, los hechos objetivos y la interpretación histórico-subjetiva que de esos mismos acontecimientos sugiere la fe» (pág. 22).

Un acierto del presente volumen consiste precisamente en insistir en que la Iglesia está insertada en el sistema de coordenadas de espacio y tiempo. El hecho de estar sometida al cambio le ayuda incluso a ser fiel a sí misma. Por eso, este manual, si bien deja constancia de fracasos humanos tanto en la base de la Iglesia como en su jerarquía, hace hincapié en que la Iglesia ha atinado en los momentos decisivos: no se apegó al Estado romano, de forma que se viera impedida a sobrevivir al ocaso de éste; se entregó oportunamente a la tarea de misionar a los germanos y eslavos; en los tiempos modernos ha levantado incesantemente su voz para pedir la paz del mundo. Paralelamente, se dieron abusos, como en otras instituciones humanas, pero que nadie ha lamentado públicamente con tanto desgarró como el Papa Adriano VI (1522-1523). «El reconoci-

miento de los errores propios puede significar el comienzo de la conversión, que es una de las tareas permanentes encomendadas por el Señor a su Iglesia y que, por consiguiente, es tarea que nos afecta individualmente a todos nosotros. Mas por encima de esta tarea está también la promesa de que el Señor no sólo acompañará a su Iglesia hasta el final de los tiempos en todos sus caminos y actuaciones, sino también la promesa de que él la consumará» (pág. 658).

Este manual puede resultar útil sobre todo a quienes ya tengan conocimientos básicos de Historia de la Iglesia, pues no es una simple iniciación, sino que contiene una cierta profundización en la materia.

Alberto VICIANO

Vicente BALAGUER, *Testimonio y Tradición en San Marcos. Narratología del Segundo Evangelio*, Edic. Universidad de Navarra («Colección Teológica», 73), Pamplona 1990, 250 pp., 16 x 24.

En los últimos años la Exégesis del Nuevo Testamento ha seguido mostrando especial interés por el Evangelio de Marcos. Entre las causas de esta preferencia pueden citarse la función primordial que se le asigna en la cristalización por escrito de la Tradición sinóptica y su vivacidad y lozanía narrativas. El libro de V. Balaguer se sitúa en esta línea de investigación, pero con una metodología tan novedosa como clarificadora y estimulante. Consiste en la aplicación selectiva del análisis narrativo, surgido desde la Lingüística estructural predominantemente francesa de los últimos años. El nombre de esta parcela del conocimiento que ahora va generalizándose es el de «Narratología», y es el que adopta el autor como subtítulo de su trabajo.

V. Balaguer, a través de varias técnicas conjugadas de análisis, va haciendo emerger diversos elementos que muestran la presencia de un testigo de los acontecimientos, que está como escondido detrás de la narración del Evangelista. Este testigo es denominado «narrador», distinto del «autor» del Evangelio, pero que ha sido fuente primordial de él y que ha dejado, perceptibles y respetados en el relato, trazas de su propia personalidad: su situación en la trama de los acontecimientos, su modo de ver a los personajes que intervienen en ellos, la posición desde donde «ve» lo que pasa, etc. Este testigo está presente en la mayor parte del relato de Marcos, pero no siempre (cambia en bastantes perícopas de Mc VI a XIV).